SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
DOMINGO 28 DE ENERO DE 2007

Turismo 12

DIAS EN LA SELVA

Un viaje para internarse en la selva misionera con estadías en lodges, posadas y campings

POR MARINA COMBIS


CARLOS MORDO

La erosión en el Valle de la Luna dio lugar a formas sorprendentes como La Esfinge.

SAN JUAN Y LA RIOJA *Los parques de Ischigualasto/Talampaya*

La historia de la Tierra

Ubicados en la frontera que separa las provincias de San Juan y La Rioja, los parques naturales de Ischigualasto y Talampaya fueron declarados hace seis años Patrimonio de la Humanidad por la Unesco. La región que hoy es un desierto despoblado fue un vergel hace unos doscientos cincuenta millones de años, donde reinaba el *Eoraptor lunensis* ("raptor del amanecer"), un pequeño dinosaurio carnívoro.

No hace falta alejarse demasiados kilómetros de la Ruta 40 para que el viajero descubra que el paisaje ha cambiado abruptamente. Los fértiles valles sanjuaninos se interrumpen, casi sin anunciarlo, para dar paso a tierras secas y desoladas cubiertas de ocres y grises como si fueran un rincón arrancado de la Luna. Los llanos riojanos se transforman de pronto en interminables formaciones donde predominan grandes paredones rocosos teñidos de rojo. Es la tierra de los dinosaurios y el paraíso de los paleontólogos.

En San Juan, el nombre de Ischigualasto deriva probablemente de los antiguos pobladores diaguitas que habitaban la región hace unos mil años. Su denominación más conocida, el Valle de la Luna, tiene un origen incierto. En 1943, la revista del Touring Club Argentino mencionó el lugar de esa forma en un artículo turístico sobre la provincia. El periodista sanjuanino Rogelio Díaz Costa tuvo un destacado papel en la difusión de esta región, dando a conocer el valor y la importancia de Ischigualasto para el turismo regional. En su memoria, uno de los pintorescos parajes del Valle lleva su nombre. Por contraposición, Talampaya, en La Rioja, es percibido como un paisaje de Marte debido a la coloración rojiza de la formación geológica de Los Colorados, con abruptos barrancos, valles y quebradas.

PUEBLOS DE LA REGION En tiempos precolombinos, la región estaba habitada por algunos pueblos de raíz diaguita, esencialmente cazadores, cuya presencia quedó registrada en los impresionantes paredones del Cañón de Talampaya, que contienen centenares de grabados rupestres. En algunos sitios de altura de Ischigualasto, como el Cerro Overo, los abundantes fragmentos de puntas de flecha, raspadores y manos de mortero testimonian, junto con los ocasionales muros de pirca, la historia de sus tempranos habitantes. Hacia finales del siglo XVII comenzó a producirse un avance poblacional que llegaba desde la zona de Córdoba y desde San Juan, fundándose numerosas poblaciones que solían utilizar como base los precarios asentamientos preexistentes. Así nacieron las villas de San Agustín de Valle Fértil y San José de Jáchal, en el norte de San Juan. Doscientos años más tarde, las actividades humanas más importantes seguían siendo el transporte de ganado y el laboreo minero. Enormes arreos de ganado bovino y mular en pie, que solían llegar a las cien mil cabezas, transitaron durante décadas la ruta de Ischigualasto, provenientes del Piedemonte de la Sierra, de la vecina provincia de La Rioja y hasta del norte de San Luis y posiblemente de Córdoba. El último de ellos parece haber sido realizado en 1916.

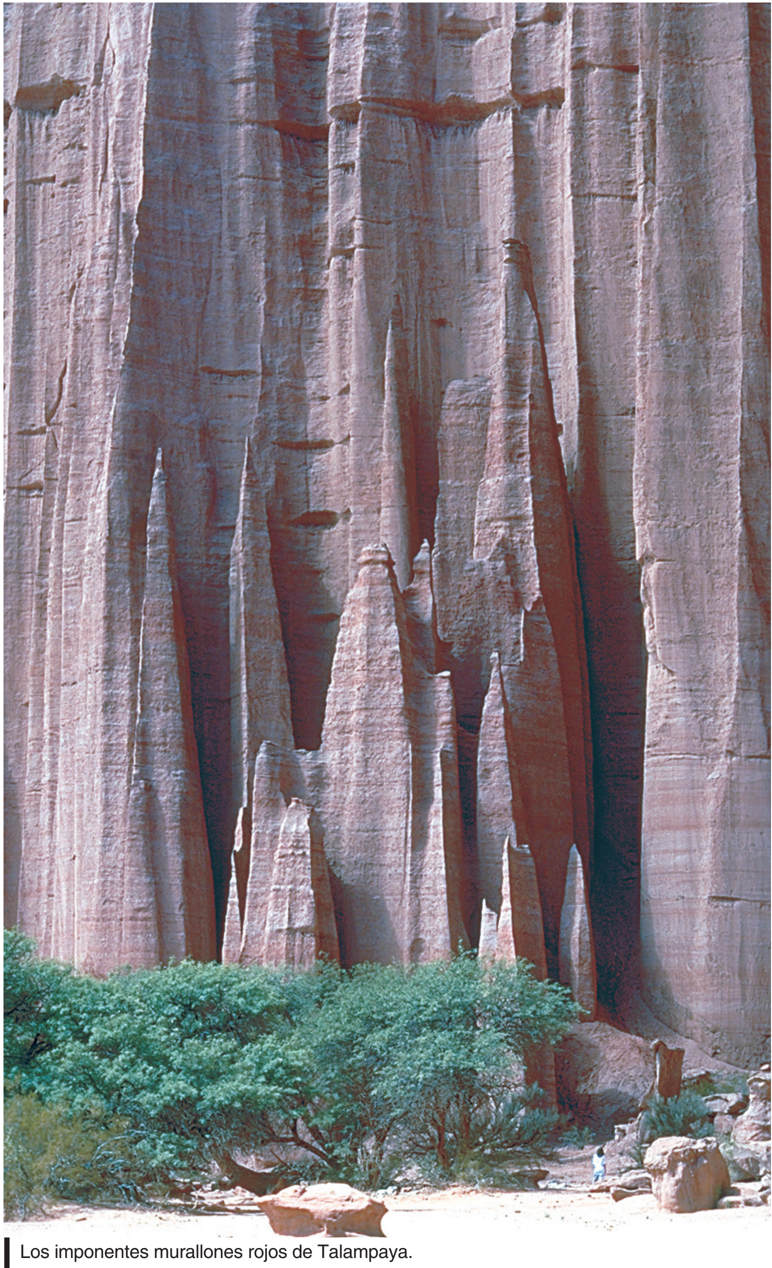
Luego de atravesar Ischigualasto, lo que demandaba varios días, el ganado llegaba a la zona de Jáchal, y de allí a la localidad de Iglesia, al pie de la cordillera. En este lugar, además de pasar el invierno, se procedía a herrar a las vacas, pues el paso de la cordillera desgarraba las pezuñas desnudas. Cerca de los fogones encontrados y en otros lugares ubicados al costado de esta ruta, es posible observar peñascos plagados de marcas de ganado, ya sean dibujadas con algún instrumento cortante o impresas a fuego con las mismas marcas de hierro. Muchas pautas culturales generadas en estos menesteres subsisten aún en la zona y basta penetrar en la intimidad de las pequeñas comunidades periféricas para descubrirlas.

A principios del siglo XX, numerosas caravanas de mulas cruzaban un sector de Talampaya provenientes de la actividad minera en los faldeos del Famatina y serranías circundantes. Entre 1920 y 1954 se explotaban en Ischigualasto tres minas de carbón. En una de ellas, la mina Los Cajoncitos, que se encuentra a pocos metros del refugio de acceso al Parque, todavía se pueden apreciar los restos de las construcciones: un corral para los animales y paredes de pirca casi derruidas, posiblemente habitaciones o depósitos. Otra de estas explotaciones, la mina de Los Rastros, tuvo un período de auge en las primeras décadas del siglo. El carbón extraído era llevado a lomo de mula a las fraguas y los hornos de Huaco y Jáchal, a unos setenta kilómetros de allí.

San Agustín de Valle Fértil, fundada en 1788, todavía es una zona tranquila y agradable ubicada frente a un hermoso lago natural y rodeada por una frondosa vegetación. Otras poblaciones como Chucuma, Astica, San Agustín, Baldes del Rosario y Los Baldecitos, puerta de entrada al Valle de la Luna, están instaladas en el piedemonte o en los bolsones interserranos. Tierra de artesanos, de los rústicos telares nacen delicados ponchos de lana de oveja o de guanaco, jergones y mantas inundadas de color y de memoria. En los pequeños pueblos de los alrededores todavía se utiliza la "noquia", un simple pozo al cual se arroja una especie de gran balde de cuero que es extraído pacientemente a través de una soga con la ayuda de una mula. Otros pueblos, como Pagancillos, Villa Unión y Villa Castelli, sobreviven al tiempo en las cercanías de Talampaya.

EL VALLE DE LA LUNA El Parque Provincial Ischigualasto ocupa unas 63.000 hectáreas al noreste de la provincia de San Juan. La zona presenta un aspecto semidesértico e inhóspito, lo que le ha valido el nombre de Valle de la Luna o Valle Pintado. Hace algunos millones de años, al principio del período Triásico, la zona era un imponente vergel cubierto de frondosa vegetación regada por abundantes lluvias y una variada fauna. Existían numerosos lagos, lagunas y pantanos que alimentaban la humedad ambiente y el desarrollo de una exuberante selva de acacias, ginkos y palmeras.

La aparición de la Cordillera de los Andes, hace apenas sesenta millones de años, cambió totalmente las condiciones de vida que se habían forjado durante ciento ochenta millones de años. El paisaje selvático dio paso a una región árida y semidesértica, en la cual la erosión labró formas singulares. Las areniscas de color rojo pastel, salpicadas ocasionalmen-



Los imponentes murallones rojos de Talampaya.

CARLOS MORDO


El paisaje árido y semidesértico del Campo de Bochas de Ischigualasto.

CARLOS MORDO


Reconstrucción del Velocirraptor, dinosaurio pariente de los que habitaban la región.

te por bloques aislados de colores verdosos y ocres y acantilados de hasta 200 metros de altura donde se divisan fácilmente los diferentes estratos, forman gigantescas columnas y finos obeliscos, alternados por cañadones y gargantas recorridas por arroyos y ríos que permanecen secos durante buena parte del año. La vegetación del parque es típica de su clima cálido y árido, con algunas franjas de pequeñas plantas y algarrobos en las márgenes de los pocos ríos temporarios, mientras que en las planicies y llanos aparecen, en montecillos aislados, las *chilcas* de color pardo rojizo y algunos arbustos como la jarilla, la pichana y el retamo. Son muy comunes en la zona el espinillo, el *retortuño*, el muérdago o "pasto de guanaco" y otras especies silvestres propias del monte.

Al igual que la flora, la fauna sobrevive con dificultad en este clima agreste, adaptándose muchas veces a hábitos nocturnos para escapar de la alta temperatura del día. Las tropillas de guanacos transitan frecuentemente por los bajíos o las lomadas, mientras alguna mara o liebre silvestre asoma displicente en los roquedales. Algunos pumas, zorros grises y hurones recorren ocasionalmente estas tierras desoladas. Las aves son notables y variadas: los ñandúes petisos o choiques, en grupos de cinco o seis individuos, son comunes en las zonas llanas; cóndores, aguiluchos, copetonas y chuñas completan una fauna diversa pero escasa, a las que se suman algunas víboras, lagartijas y lagartos.

Pero la característica principal de esta región es haberse convertido en el paraíso de los paleontólogos. El Parque Provincial Ischigualasto es considerado uno de los yacimientos paleontológicos más ricos del mundo en el hallazgo de reptiles Terápsidos, de los cuales habrán de evolucionar los mamíferos. Uno de los hallazgos más famosos es el del Eoraptor *lunensis* ("raptor del amanecer"), que presenta al mismo tiempo características primitivas de reptil clásico y de dinosaurio. Carnívoro y predador, este dinosaurio de 228 millones de años de antigüedad está considerado por algunos especialistas como uno de los más primitivos que se conocen. Casi toda el área de Ischigualasto está formada por terrenos del período Triásico, característico por el dominio absoluto de los dinosaurios, que contienen una variada gama de reptiles fósiles cuyo conocimiento representa un importante avance en el conocimiento de la historia de la vida sobre el planeta. Entre éstos se destaca un reptil mamiferoide, el Cinodonte, y numerosos reptiles carnívoros y herbívoros, algunas de ellos de gran tamaño como el Saurosuchus galilei, un carnívoro de más de cuatro metros de largo. También se han hallado restos de saurópodos, similares a los cocodrilos actuales, y otras especies de gran interés para la ciencia, además de restos de grandes árboles petrificados que delatan la presencia ya olvidada de una naturaleza desbordante y pródiga.

DATOS UTILES

Cómo llegar: Talampaya queda a 1270 km de Bs. As. e Ischigualasto a 1470 km. **Por avión**: desde Buenos Aires hasta las capitales de San Juan y La Rioja, Aerolíneas Argentinas-Austral (0810-222-86527). De allí y desde la localidad de San Agustín del Valle Fértil, parten los servicios terrestres hacia los parques. **Por tierra:** existen numerosos servicios que ofrecen el traslado hasta los parques de Ischigualasto y Talampaya. **En auto**, luego de pasar la provincia de Córdoba y al llegar a Patquía, cabecera del Dpto. Independencia, se toma la Ruta Nacional Nº 150 y luego su continuación, la Ruta Provincial Nº 26.

Más información: Casa de la provincia de La Rioja: Av. Callao 745, 4815-1929. Casa de la provincia de San Juan: Sarmiento 1251, 4382-9241 o *www.talampaya.com* / *www.ischigualasto.org*

UN PAISAJE DE MARTE El Campo de Talampaya, ubicado entre las sierras de Sañogasta y los Colorados, es un territorio de fuertes contrastes orográficos, donde alternan elevaciones de hasta 1300 metros, extensos desiertos, imponentes murallones de piedra roja, valles y quebradas. El Parque Provincial se extiende a lo largo de 215.000 hectáreas. Está ubicado a 30 km de la localidad de Pagancillos y a 207 de la capital de La Rioja. Así como Ischigualasto es percibido como un paisaje lunar, Talampaya podría ser comparado con un paisaje de Marte debido a la profusión de rojos y ocres ensamblados en su abrupto relieve. El Gran Cañón, una profunda garganta flanqueada por altos murallones, sobrecoge por su excepcional belleza. Producto de la erosión que se prolongó durante millones de años, fantásticas figuras se alzan en el paisaje como esculturas eternas, recibiendo nombres imaginarios como Los Reyes Magos, La Catedral y, la más famosa de todas, El Monje.

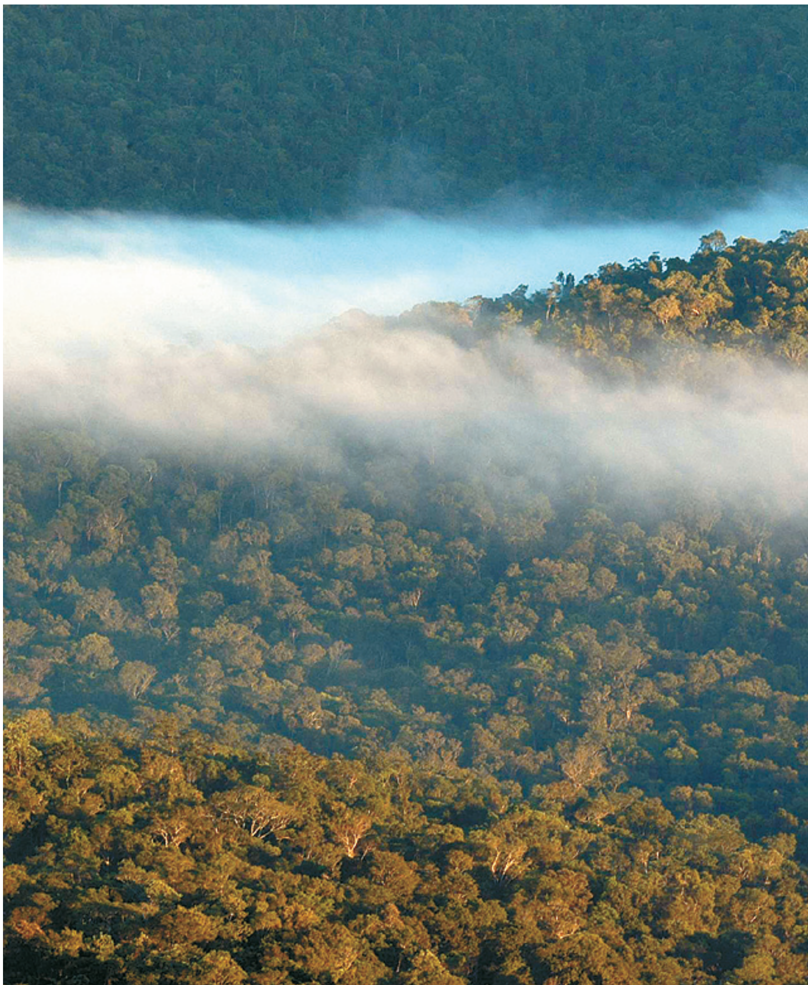
Talampaya es uno de los grandes escenarios naturales de la Argentina. A lo largo del cañón del río del mismo nombre asoman centenarios bosquecillos de algarrobo, enmarcados entre paredones de casi 100 metros de altura que otorgan al paisaje un atractivo único. La vegetación está caracterizada por una flora típica del clima árido y cálido, con manchones arbustivos de chilcas, jarillas, retamos y pichanas. En los cañadones abiertos por el arroyo Talampaya y sus afluentes se observa la presencia de grandes algarrobos junto con ejemplares aislados de chañar, brea y espinillo. Al igual que la flora, la fauna se ha adaptado a este clima desfavorable. En los extensos jarillales y retamales habitan zorros grises, chuñas de patas negras, guanacos, ñandúes petisos o choiques y maras, mientras que las grietas y pequeñas cuevas albergan a diversos tipos de roedores, y las alturas custodian los nidos de los cóndores.

Fuera del alcance del visitante se encuentra el otro Talampaya, que guarda en todo su esplendor la memoria de los pobladores prehispánicos de la región. Los centenares de grabados rupestres de la zona conocida como Los Pizarrones constituyen una de las manifestaciones más importantes del arte indígena del país, con magníficas y delicadas imágenes de guanacos, pumas, ñandúes, serpientes, representaciones geométricas y figuras humanas.

Pero es la riqueza fosilífera la que ha llevado a Talampaya a ocupar un lugar excepcional en la Paleontología mundial. Afloran en el área depósitos sedimentarios del Pérmico y el Triásico ricos en fósiles, especialmente de grandes anfibios y reptiles. Todo el valle comprendido entre las sierras de Sañogasta y Morada resulta del mismo origen Triásico que el vecino Ischigualasto, del cual lo separa la Sierra Morada. Antes del levantamiento de la Cordillera de los Andes, estos terrenos bajos, pantanosos y húmedos estaban cubiertos por una densa vegetación tropical de helechos y grandes árboles, donde habitaba una variada fauna de reptiles acuáticos y terrestres, herbívoros y enormes carnívoros. Numerosos restos fósiles han sido hallados en estos terrenos, entre ellos ejemplares de gran tamaño como el Riojasaurus bonapartei, de gran valor paleontológico, el Lagosuchus talampayensis y tortugas de más de doscientos millones de años de antigüedad.

Como en pocas regiones del mundo, en Ischigualasto-Talampaya está representada la casi totalidad del período Triásico, hace unos 250 millones de años, conservando para el futuro la posibilidad de comprender el lugar y el papel que ocupamos en esta larga e interminable cadena de la vida.


Con una estadía en la selva se pueden hacer fantásticos recorridos en mountain bike.


Un viaje para adentrarse en el maravilloso universo verde de la selva misionera.

Un viaje de punta a punta por la selva misionera, durmiendo en lodges, refugios y campings. Desde Posadas o Puerto Iguazú, estos recorridos permiten conocer la riqueza cultural de la provincia y descubrir recónditos lugares inmersos en la verde naturaleza. También una visita a los Saltos de Moconá y al pueblo fronterizo de Andresito.

POR JULIAN VARSAVSKY

Misiones no sólo tiene las imponentes Cataratas. En la provincia se pueden hacer diversos recorridos por la selva para explorarla con alma de viajero, alojándose al menos un par de días en alguno de los lodges y refugios, tomando como base Puerto Iguazú o la ciudad de Posadas.

Una aproximación a Misiones con estas travesías tiene su lógica muy particular. Al visitar las Cataratas del Iguazú, el turista toma un contacto somero con la selva al caminar por los circuitos de las pasarelas siempre atentos a los saltos y casi nunca al verde escenario que los rodea. Y generalmente las excursiones que se hacen en vehículos por el parque nacional no se detienen para que los visitantes puedan adentrarse en la selva. O sea que para compenetrarse de verdad con la verde naturaleza misionera hay que salirse de los circuitos tradicionales de Iguazú, que en realidad se pueden recorrer en un tiempo máximo de tres días en un fin de semana largo. Pero Misiones es una provincia para salir a descubrirla sin premura, no sólo por los paisajes sino por la cultura propia de los misioneros. Y para vivenciar la selva en sus entrañas, sintiendo su aliento de tierra salvaje, hace falta parar un poco la marcha y dedicarse a descansar unos días en alguna cabaña de madera junto a un arroyo a la que sólo se llega a través de algún camino de tierra colorada.

DESDE POSADAS Partiendo desde la capital de Misiones por la Ruta Nacional 12 y empalmando con la Ruta Provincial 7 en Jardín América, se llega a la localidad de Aristóbulo del Valle, casi en el centro exacto de la provincia, a 160 kilómetros de Posadas (hay varias frecuencias diarias de micros entre las dos ciudades). Cerca de Aristóbulo de Valle está el primer lodge llamado Tacuapí. Ubicado dentro del llamado Corredor Verde –un área protegida que busca evitar la desconexión de la selva misionera–, el complejo mide 50 hectáreas que termi-


San Sebastián. Una cabaña en medio del agua.


El techo de la selva desde el Panambí Lodge.

DATOS UTILES

Don Enrique Lodge: El alojamiento cuesta $ 230 por persona en base doble, con pensión completa y actividades. Tel.: 4723-7020 / 15-5932-6262 (en Buenos Aires). *www.donenriquelodge.com.ar*
San Sebastián: El alojamiento diario cuesta $ 80 por persona, con pensión completa. También hay un camping. Tel.: 03757-497283 / 03757-15-548753. *www.lodecamilo.web.com.co*
Panambí: La habitación doble cuesta $ 220 por persona con media pensión y excursiones. Reservas al tel.: 03757-155-41579. *www.panambilodge.com.ar*
Iguazú Jungle Lodge: La habitación doble cuesta $ 300. Tel.: 03757-420600. *www.iguazujunglelodge.com*
Tacuapí: El alojamiento cuesta $ 250 por persona en base doble, con pensión completa y actividades. *www.tacuapi.com.ar*
La Misión: La cabaña doble cuesta $ 302, con pensión completa. Tel.: 4927–4383 (Buenos Aires). *www.posadalamision.com.ar*
Refugio Moconá: El alojamiento cuesta $ 35 por persona, en habitaciones privadas para 4 o 5 personas, con desayuno. Tel.: 03752-429385. *www.refugiomocona.com*
Traslados: Agencia receptiva Guayrá Turismo Alternativo. Tel.: 03752-43–3415. *www.guayra.com.ar*


Con una estadía en la selva se pueden hacer fantásticos recorridos en mountain bike.


Un viaje para adentrarse en el maravilloso universo verde de la selva misionera.


Desde la galería del lodge Tacuapí, un panorama de la densidad de la selva.

MISIONES *Ecoturismo por la provincia*

Dormir en la selva

Un viaje de punta a punta por la selva misionera, durmiendo en lodges, refugios y campings. Desde Posadas o Puerto Iguazú, estos recorridos permiten conocer la riqueza cultural de la provincia y descubrir recónditos lugares inmersos en la verde naturaleza. También una visita a los Saltos de Moconá y al pueblo fronterizo de Andresito.

POR JULIAN VARSAVSKY

Misiones no sólo tiene las imponentes Cataratas. En la provincia se pueden hacer diversos recorridos por la selva para explorarla con alma de viajero, alojándose al menos un par de días en alguno de los lodges y refugios, tomando como base Puerto Iguazú o la ciudad de Posadas.

Una aproximación a Misiones con estas travesías tiene su lógica muy particular. Al visitar las Cataratas del Iguazú, el turista toma un contacto somero con la selva al caminar por los circuitos de las pasarelas siempre atentos a los saltos y casi nunca al verde escenario que los rodea. Y generalmente las excursiones que se hacen en vehículos por el parque nacional no se detienen para que los visitantes puedan adentrarse en la selva. O sea que para compenetrarse de verdad con la verde naturaleza misionera hay que salirse de los circuitos tradicionales de Iguazú, que en realidad se pueden recorrer en un tiempo máximo de tres días en un fin de semana largo. Pero Misiones es una provincia para salir a descubrirla sin premura, no sólo por los paisajes sino por la cultura propia de los misioneros. Y para vivenciar la selva en sus entrañas, sintiendo su aliento de tierra salvaje, hace falta parar un poco la marcha y dedicarse a descansar unos días en alguna cabaña de madera junto a un arroyo a la que sólo se llega a través de algún camino de tierra colorada.

DESDE POSADAS Partiendo desde la capital de Misiones por la Ruta Nacional 12 y empalmando con la Ruta Provincial 7 en Jardín América, se llega a la localidad de Aristóbulo del Valle, casi en el centro exacto de la provincia, a 160 kilómetros de Posadas (hay varias frecuencias diarias de micros entre las dos ciudades). Cerca de Aristóbulo de Valle está el primer lodge llamado Tacuapí. Ubicado dentro del llamado Corredor Verde –un área protegida que busca evitar la desconexión de la selva misionera–, el complejo mide 50 hectáreas que terminan justo donde comienza el Parque Provincial Salto Encantado. La zona está rodeada por algunos cerros y numerosas cascadas a las que se llega caminando por senderos en medio de la selva. El lodge tiene tres cabañas de madera y una pileta. Desde allí se puede visitar una aldea guaraní y un secadero de yerba mate, y hacer excursiones a caballo, en mountain bike y prácticas de rappel.

El siguiente destino del recorrido son los Saltos de Moconá, ubicados en el centro-este de Misiones, donde el río Uruguay separa la Argentina de Brasil. Estos saltos son muy distintos a los de Iguazú y están rodeados por una naturaleza más virginal, donde conviven los colonos de origen centroeuropeo con los indios guaraníes.

Camino a Moconá, por la Ruta Provincial Nº 2, el pasto crece hasta el borde del asfalto y parece a punto de invadirlo. El fragante verdor de los pastizales impregna el aire y pareciera que se cumple una orden suprema de arborizar cada centímetro del terreno sin dejar claros. Aunque en verdad cada vez más aparecen manchones de la hermosa tierra colorada misionera, que hace apenas cincuenta años era imposible ver por estar cubierta por la selva. A la altura del poblado de El Soberbio se empiezan a ver las primeras casas de madera con techo a dos aguas y frente inglés, pintadas con vivos colores por los colonos europeos. Y en la ruta se cruzan numerosos carros “polacos” de madera tirados por dos bueyes que van a paso de tortuga, llevando lugareños de pelo rubio y piel extremadamente blanca y roja.

Los Saltos de Moconá se formaron hace millones de años, resultado de una falla geológica que produjo un hundimiento del terreno, dejando al descubierto un gran escalón de piedra que mide tres kilómetros de largo por quince de alto. Y justo por allí pasa el río Uruguay, cuyo curso se quiebra por la mitad y cae sobre sí mismo en una catarata larga y continua. El fenómeno es único en el mundo, ya que después de caer el río avanza encerrado entre dos paredes de oscuro basalto por donde los viajeros navegan disfrutando de un espectáculo natural muy llamativo.

Para visitar los Saltos de Moconá existen varias alternativas de alojamiento, siempre en la selva. Por un lado está la opción más económica del Refugio Moconá, con sus dos pisos de madera rodeados por una selva cuya densidad es lo único que se ve por las ventanas de las habitaciones. Muchas personas se instalan aquí por varios días a descansar y caminar por los alrededores para observar las aves con la ayuda de prismáticos. El servicio incluye duchas con agua caliente y amplios baños compartidos con muy pocas personas.

La segunda alternativa de hospedaje es el Lodge Don Enrique, con cuatro bungalows de madera y unos decks. Ubicado junto al arroyo Paraíso, es ideal para hacer avistaje. En uno de estos paseos se llega hasta la Reserva de Biosfera Yabotí, que se puede recorrer con guías, casi todos de origen guaraní. En la excursión se puede ver un sorprendente Ivirá Pitá –árbol cañafístula– de 400 años y 50 metros de altura, con su tronco surcado casi hasta la copa por una liana tan gruesa y poderosa que sostiene una enorme rama desprendida del tronco.

La tercera alternativa es la Posada La Misión, ubicada sobre el río Uruguay en el límite con el Parque Provincial Moconá. Este complejo de seis cabañas de madera con vista al río ofrece actividades muy variadas como paseos en kayak y canoa, cabalgatas, pesca y salidas en bicicletas y cuatriciclos.

DESDE IGUAZU Casi en las afueras de Puerto Iguazú, está el Iguazú Jungle Lodge, un nuevo complejo con seis cabañas para siete personas a orillas de un arroyo. Es el único lodge de ecoturismo en la selva que existe en Puerto Iguazú.

>>>


San Sebastián. Una cabaña en medio del agua.


El techo de la selva desde el Panambí Lodge.


Reposeras en el deck de Don Enrique.


La terraza del Iguazú Jungle Lodge.

DATOS UTILES

Don Enrique Lodge: El alojamiento cuesta $ 230 por persona en base doble, con pensión completa y actividades. Tel.: 4723-7020 / 15-5932-6262 (en Buenos Aires). *www.donenriquelodge.com.ar*
San Sebastián: El alojamiento diario cuesta $ 80 por persona, con pensión completa. También hay un camping. Tel.: 03757-497283 / 03757-15-548753. *www.lodecamilo.web.com.co*
Panambí: La habitación doble cuesta $ 220 por persona con media pensión y excursiones. Reservas al tel.: 03757-155-41579. *www.panambilodge.com.ar*
Iguazú Jungle Lodge: La habitación doble cuesta $ 300. Tel.: 03757-420600. *www.iguazujunglelodge.com*
Tacuapí: El alojamiento cuesta $ 250 por persona en base doble, con pensión completa y actividades. *www.tacuapi.com.ar*
La Misión: La cabaña doble cuesta $ 302, con pensión completa. Tel.: 4927–4383 (Buenos Aires). *www.posadalamision.com.ar*
Refugio Moconá: El alojamiento cuesta $ 35 por persona, en habitaciones privadas para 4 o 5 personas, con desayuno. Tel.: 03752-429385. *www.refugiomocona.com*
Traslados: Agencia receptiva Guayrá Turismo Alternativo. Tel.: 03752-43–3415. *www.guayra.com.ar*





Desde la galería del lodge Tacuapí, un panorama de la densidad de la selva.

MISIONES *Ecoturismo por la provincia*

Dormir en la selva

nan justo donde comienza el Parque Provincial Salto Encantado. La zona está rodeada por algunos cerros y numerosas cascadas a las que se llega caminando por senderos en medio de la selva. El lodge tiene tres cabañas de madera y una pileta. Desde allí se puede visitar una aldea guaraní y un secadero de yerba mate, y hacer excursiones a caballo, en mountain bike y prácticas de rappel.

El siguiente destino del recorrido son los Saltos de Moconá, ubicados en el centro-este de Misiones, donde el río Uruguay separa la Argentina de Brasil. Estos saltos son muy distintos a los de Iguazú y están rodeados por una naturaleza más virginal, donde conviven los colonos de origen centroeuropeo con los indios guaraníes.

Camino a Moconá, por la Ruta Provincial Nº 2, el pasto crece hasta el borde del asfalto y parece a punto de invadirlo. El fragante verdor de los pastizales impregna el aire y pareciera que se cumple una orden suprema de arborizar cada centímetro del terreno sin dejar claros. Aunque en verdad cada vez más aparecen manchones de la hermosa tierra colorada misionera, que hace apenas cincuenta años era imposible ver por estar cubierta por la selva. A la altura del poblado de El Soberbio se empiezan a ver las primeras casas de madera con techo a dos aguas y frente inglés, pintadas con vivos colores por los colonos europeos. Y en la ruta se cruzan numerosos carros "polacos" de madera tirados por dos bueyes que van a paso de tortuga, llevando lugareños de pelo rubio y piel extremadamente blanca y roja.

Los Saltos de Moconá se formaron hace millones de años, resultado de una falla geológica que produjo un hundimiento del terreno, dejando al descubierto un gran escalón de piedra que mide tres kilómetros de largo por quince de alto. Y justo por allí pasa el río Uruguay, cuyo curso se quiebra por la mitad y cae sobre sí mismo en una catarata larga y continua. El fenómeno es único en el mundo, ya que después de caer el río avanza encerrado entre dos paredes de oscuro basalto por donde los viajeros navegan disfrutando de un espectáculo natural muy llamativo.

Para visitar los Saltos de Moconá existen varias alternativas de alojamiento, siempre en la selva. Por un lado está la opción más económica del Refugio Moconá, con sus dos pisos de madera rodeados por una selva cuya densidad es lo único que se ve por las ventanas de las habitaciones. Muchas personas se instalan aquí por varios días a descansar y caminar por los alrededores para observar las aves con la ayuda de prismáticos. El servicio incluye duchas con agua caliente y amplios baños compartidos con muy pocas personas.

La segunda alternativa de hospedaje es el Lodge Don Enrique, con cuatro bungalows de madera y unos decks. Ubicado junto al arroyo Paraíso, es ideal para hacer avistaje. En uno de estos paseos se llega hasta la Reserva de Biosfera Yabotí, que se puede recorrer con guías, casi todos de origen guaraní. En la excursión se puede ver un sorprendente Ivirá Pitá –árbol cañafístula– de 400 años y 50 metros de altura, con su tronco surcado casi hasta la copa por una liana tan gruesa y poderosa que sostiene una enorme rama desprendida del tronco.

La tercera alternativa es la Posada La Misión, ubicada sobre el río Uruguay en el límite con el Parque Provincial Moconá. Este complejo de seis cabañas de madera con vista al río ofrece actividades muy variadas como paseos en kayak y canoa, cabalgatas, pesca y salidas en bicicletas y cuatriciclos.

DESDE IGUAZU Casi en las afueras de Puerto Iguazú, está el Iguazú Jungle Lodge, un nuevo complejo con seis cabañas para siete personas a orillas de un arroyo. Es el único lodge de ecoturismo en la selva que existe en Puerto Iguazú.

>>>



Reposeras en el deck de Don Enrique.



La terraza del Iguazú Jungle Lodge.



Paseos por las entrañas de la selva para descubrir las aves y animales que la pueblan.

>>>

Desde los balcones de las cabañas de dos pisos casi no se ve el cielo de tan alta y densa que es la selva que las rodea (lo mismo ocurre desde la mayoría de las ventanas). En su interior las cabañas tienen aire acondicionado, cocina completa, TV por cable, hidromasaje y computadora conectada a Internet. Pero también tienen una parrilla y una piscina, algo muy necesario en Iguazú.

El siguiente destino de este periplo misionero es Andresito, un alejado pueblo de frontera ubicado en el extremo nordeste de la provincia, a una hora de Puerto Iguazú. Fundado en los confines de la Argentina, surgió de un plan de “colonización” impulsado en 1980 para “contrarrestar” la influencia brasileña en nuestro territorio. Pero el objetivo de ese plan de ceder tierras fiscales resultó a medias, ya que por su ubicación –a 20 km de Brasil y a 90 km de Paraguay– Andresito y sus alrededores están en una de esas extrañas zonas de transición donde las fronteras culturales son más difusas que las arbitrarias líneas de los mapas políticos. Si bien es innegable que estamos en la Argentina, la influencia brasileña gaúcha se refleja en las costumbres culinarias, en el estilo de las viviendas de madera, en el modo de cultivar y hasta en el lenguaje. El hecho es que muchos de los argentinos y descendientes de europeos invitados a colonizar estas tierras terminaron siendo “abrasilerados”, incluso utilizando algunos de ellos el portugués como su lengua más usual.

EN LAS AFUERAS DE ANDRESITO La colonia Andresito vive básicamente de la producción de yerba, ganado, tabaco y la explotación forestal. Pero en los últimos años comenzó a desarrollarse allí una incipiente actividad turística orientada a un ecoturismo muy auténtico. El Establecimiento San Sebastián está ubicado selva adentro, a 23 kilómetros del pueblo por un camino de tierra. Su dueño es Don Camilo, quien a sus 74 años muy bien disimulados decidió recibir turistas sin dejar sus tareas de cuidar ganado. El viaje desde Andresito a San Sebastián se hace en un precario colectivo. El polvoriento camino abre un tajo rojo en la selva mientras el micro avanza con pasajeros de muy pocas palabras que miran algo sorprendidos al que recorre por placer la zona. Sin embargo, se vuelven muy amistosos cuando uno les busca conversación. La mitad habla en portugués y el resto en español. Y casi todos son chacareros que descienden del colectivo en medio de la nada y se pierden por un sendero en la selva. Cuando los viajeros llegan al Establecimiento San Sebastián, Don Camilo los espera sonriente junto a la ruta en su jeep modelo 1944. Es un argentino hijo de brasileños nacido en la zona que casi no habla español sino portugués. Y cuenta que hace cinco años, cuando decidió dedicarse también al turismo, comenzó a construir con sus propias manos diez habitaciones y dos cabañas totalmente de madera. La más idílica de las cabañas está en una islita en medio de un pequeño lago artificial. El romántico medio de transporte para cruzar los siete metros que separan la cabaña de la costa es una balsa de madera. Para que avance, hay que tirar suavemente de un alambre atado entre las dos costas. En la cabaña, la decoración es muy sencilla. Una cama doble, una mesita, un porche con una hamaca paraguaya, una cocina y un pequeño baño con ducha (quien desee agua caliente puede bañarse en la hostería). En el edificio central del establecimiento hay 10 espaciosas habitaciones dobles y cuádruples.

Junto a las pacíficas aguas del río Iguazú –que 50 kilómetros más adelante estallan en un cataclismo de espuma–, el Panambí Lodge ofrece un confortable alojamiento en medio de la naturaleza y en las afueras de Andresito. Tiene cinco habitaciones dobles y cuádruples con puertas corredizas de vidrio en uno de sus flancos que abarcan todo el largo de la habitación, frente a la selva. En el centro del complejo hay una pileta con tres niveles unidos entre sí por una cascadita. A un costado, unas cómodas hamacas atadas a los árboles prometen un reposo de ensueño. Y unos pasos más adentro en la selva se levanta una torre de madera de 12 metros de altura con una terraza desde donde se puede ver el techo de la selva y los atardeceres sobre el río Iguazú, con su horizonte verde perdiéndose en el infinito.

CANADA *Paseo cultural en Quebec*

Una región

POR GRACIELA CUTULI

Un paseo por la orilla sur del río San Lorenzo, en Quebec, entre la Isla de Orleáns, con antiguas casas que evocan a la vez el tiempo de los colonos y las campiñas francesas, hasta la próspera ciudad de Rimouski, pasando por pueblos de artistas y parques naturales.

A 15 minutos en auto del centro mismo de la ciudad de Quebec, el majestuoso río San Lorenzo abre sus brazos para encerrar la Isla de Orleáns, una de las cunas de la presencia francesa y europea en América del Norte. Puede ser el punto de partida para un paseo por la orilla sur del gran río hasta la ciudad de Rimouski, en la región del Bas Saint Laurent (o “Bajo San Lorenzo”). Nunca se está lejos de las orillas del río, y nunca se dejan de admirar los paisajes donde se jugaron algunos de los episodios de la colonización franco-inglesa del este del Canadá.

LA ISLA DE LA POESIA *De l’île de l’Orléans jusqu’à la Contrescarpe*, dice una canción que homenajea la larga travesía del descubridor francés que cruzó el Atlántico Norte hasta Canadá. Es que la isla fue uno de los primeros lugares donde se asentaron los colonos y fue avistada ya en 1535 por Jacques Cartier, que la bautizó con el nombre de Isla de Baco, viendo las vides salvajes que prosperaban en sus campos. Sin embargo, se arrepintió muy rápidamente y la bautizó de nuevo con su nombre actual en 1536, en honor al hijo de Francisco I, duque de Orleáns. Muchas familias actuales de la isla son descendientes de los colonos originales, que habían llegado de Normandía y de la región de Poitiers, en el oeste de Francia. La historia y el pasado están presentes no sólo entre los apellidos de los isleños sino también casi a cada vuelta de esquina: más de 600 construcciones fueron reconocidas por el gobierno de Quebec como parte del patrimonio histórico de la provincia.

La isla tiene 34 kilómetros de largo y ocho en su punto más ancho, con una población repartida entre seis municipios. Es una especie de Quebec en miniatura, con casas que recuerdan a la vez el tiempo de los colonos y las campiñas francesas. Algunas de sus panaderías siguen funcionando desde los siglos XVIII y XIX. Y en Saint Pierre se levanta la iglesia rural más antigua de la Nueva Francia, construida en 1720. En otro pueblo, Sainte Famille, se encuentra la mayor concentración de casas de piedra de la época colonial francesa, y su convento remonta a 1685. La isla se visita a lo largo del Camino Real, le Che-



Las ardillas son los “habitantes” más populares de Quebec.

de poetas y artistas

min Royal, de casi 70 kilómetros de largo, abierto en 1744 para interconectar los seis pueblos. Hoy es uno de los más hermosos paseos de Quebec, y ofrece en todo momento panoramas sobre el río y las costas norte y sur del lecho fluvial.

Uno de los más famosos habitantes de la isla fue el cantautor Félix Leclerc: fallecido en 1988, su obra es tan importante para la canción de Quebec que los premios de la industria musical de la provincia que se entregan cada año llevan su nombre. Leclerc celebró la isla y sus habitantes en muchas de sus canciones. En Saint Pierre, el pueblo más cercano al puente que une la isla con el centro de la ciudad de Quebec, se encuentra la Fundación Félix Leclerc, que mantiene viva su obra; éste es uno de los lugares más visitados de la isla.

Entre exposiciones, conciertos y museos, se pueden recorrer también los caminos que salen desde la Fundación para llegar hasta el corazón de la isla y conocer una *cabanne à sucre*, donde se produce el jarabe de arce, el producto más emblemático del Quebec. La gente del lugar lo usa como su miel, infaltable en las meriendas y en los dulces, como haría cualquier argentino con el dulce de leche. Las casas tradicionales de la isla son encantadoras, y hacen pensar en las palabras con que Leclerc las celebró en una de sus canciones: *Il y a des maisons où les chansons aiment entrer* (hay casas donde las canciones quieren entrar).


Estatua del poeta y músico Félix Leclerc, quien celebró en sus canciones la Isla de Orleáns.

EL PUEBLO DE LOS ARTISTAS Para pasar por la orilla sur del San Lorenzo, hay que cruzarlo en Quebec. El único puente de la isla lleva a la orilla norte. En invierno, sin embargo, se siguen armando “puentes de hielo”, como antes de los años 1930, cuando el puente no existía y la gente cruzaba sobre el río congelado. El paso está permitido para motonieves y reglamentado en función del espesor del hielo. Es una de las sorpresas que ofrece el crudo y rudo invierno canadiense a los turistas procedentes de otras latitudes.

En otro de sus temas, Leclerc bautizó el San Lorenzo como un *fleuve porteur d’îles*, un río portador de islas. Al norte de la isla de Orleáns está el pequeño archipiélago de las islas de las Grullas, donde el río se ensancha considerablemente y sus aguas empiezan a ser saladas. Es a esta altura donde se encuentra la primera escala del paseo, en el pequeño y pintoresco pueblo de Saint-Jean-Port Joli.

A pesar de su pequeño tamaño, Saint-Jean Port Joli fue declarado Capital Cultural de Canadá en 2005, en reconocimiento a su aporte a las artes y la cultura. Sin duda, el Conde de Frontenac (el mismo del castillo que domina toda la ciudad de Quebec y es hoy uno de los hoteles más renombrados de América del Norte) no imaginaba tal destino para el asentamiento que fundó en 1677. En PortJoli el viajero se topa con muestras de arte a cada paso: troncos de árboles esculpidos, casas adornadas, galerías de arte. El embrión de esta vida cultural fue un Instituto Literario fundado en 1856. Durante el siglo XX, progresivamente, el pueblo recibió familias de artesanos y de artistas cuyo renombre atrajo y desarrolló toda la actividad artística del pueblo hoy día. Uno de los precursores de la escultura sobre madera, Médard Bourgault, es oriundo del pueblo. Las esculturas de troncos y piezas de madera son emblemáticas del pueblo, pero también hay pintores, joyeros, ceramistas, ebanistas, herreros y muchos otros artistas y artesanos. A lo largo del año, en verano y en invierno se organizan numerosas manifestaciones artísticas, musicales y literarias. Por si faltaba más en este pueblo que es un auténtico museo al aire libre, se puede visitar el Museo de la Epopeya de la Moto y el Museo de Escultura sobre Madera de los Antiguos Canadienses, el principal centro de este tipo de arte de América del Norte.

Finalmente, el trayecto sigue al norte de PortJoli por la ruta 132, siempre bordeando el San Lorenzo, y pasando ciudades como Rivière du Loup y L’Isle Verte, para llegar a un hermoso parque natural en un lugar donde el río es tan ancho que parece ya el mar.

DONDE EL RIO SE HACE MAR Le Bic es un pequeño poblado situado en una bahía del río, conocido por el parque nacional al que le dio nombre. La región está en los últimos relieves del macizo de los Apalaches, que cruzan buena parte del este de Estados Unidos. Por sus colinas –se elevan a más de 300 metros de altura– y sus valles, la región es conocida como la “Pequeña Suiza del Quebec”.

Por su parte, el parque fue fundado en 1984, sobre unos 33 km2 en las orillas del río, para proteger una importante colonia de focas. Desde la costa del pueblo y del parque se pueden ver puestas de sol sobre el río que los lugareños no dudan en calificar como las más lindas del mundo. Cierto o no, las islas y la costa rocosa signan sin duda la belleza agreste de esta porción de la costa. En el parque hay muchos senderos para paseos pedestres y en bicicleta, y se ven a menudo algunos de los huéspedes locales: ciervos y ardillas, y numerosas especies de aves.


Los ciervos parecen camuflarse entre la vegetación otoñal de la Punta del Bic.

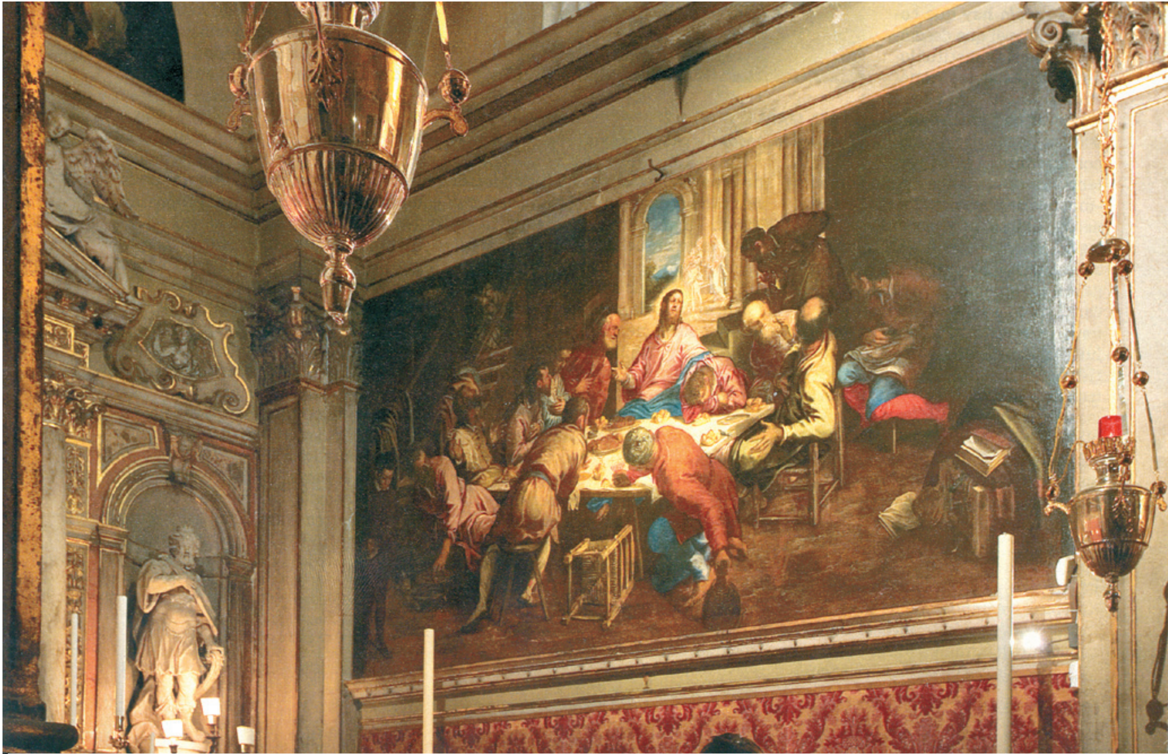
A una decena de kilómetros de distancia está la ciudad de Rimouski, una etapa en este recorrido que puede seguir más hacia el noreste hasta Gaspé y la península de la Gaspésie, para avistar ballenas donde el río y el Atlántico confunden sus aguas y sus límites.

Rimouski es una próspera ciudad desde donde se pueden iniciar muchas actividades de deportes de aventura y turismo activo sobre el río, hacia las islas vecinas, y en las colinas de los Apalaches. También se puede ver allí la Casa Lamontagne, construida en 1750, la última de su género que queda en América del Norte, testimonio de un modo de construcción directamente heredado del medioevo siguiendo las técnicas del *colombage pierroté*. Es hoy día un museo sobre la arquitectura quebequense.

El compañero de todo este circuito, el San Lorenzo, dejó de existir como río para muchos y en Rimouski ya se lo considera como un mar abierto. Para conocerlo mejor, se puede subir a bordo de uno de los *traversiers*, los ferries del Quebec, y cruzarlo hasta la ciudad de Forestville, sobre la orilla norte, siguiendo viaje hasta el Labrador al este, los centros de vacaciones del Lac St. Jean hacia el oeste, o volver a la ciudad de Quebec al sudoeste, donde el San Lorenzo baña otra vez lugares donde transcurrieron algunas de las principales páginas de la colonización francesa de la región.

DATOS UTILES EN LA WEB

- Isla de Orleáns: *www.quebecweb.com/tourismeiledorleans* y *www.iledorleans.com*
- Espace Félix-Leclerc: *www.felixleclerc.com*
- PortJoli: *www.quebecweb.com/ancienscanadiens* y *www.saintjeanportjoli.com*
- Le Bic: *www.lebic.net*
- Rimouski: *www.ville.rimouski.qc.ca* y *www.tourisme-rimouski.org*


Los intensos claroscuros y audaces perspectivas del Tintoretto, el gran pintor veneciano.

MUSEOS *El Tintoretto en el Museo del Prado*

De Venecia a Madrid

Visitar Venecia y caer rendido ante la obra del Tintoretto, como les ocurrió a Sartre, a Oscar Wilde o a Henry James, seguirá siendo inevitable. Pero quienes viajen a Madrid podrán admirar algunos de los cuadros de este artista de la composición y el color, considerado uno de los grandes de la pintura del siglo XVI, en la muestra homenaje que se exhibirá en el Museo del Prado del 30 de enero al 13 de mayo.

POR ANGELES GARCIA *

Ningún pintor del mundo permanece tan unido a su ciudad como el Tintoretto. De los tres grandes pintores (Tiziano, el Veronés y el Tintoretto) que integran la escuela de Venecia, él es el único nacido allí. Y sólo la abandonó durante dos breves viajes. De tal manera se lo identifica con su lugar de origen que los futuristas lo tenían en su punto de mira porque encarnaba como nadie la esencia de la capital del Véneto. Considerado por El Greco como uno de sus máximos maestros y adorado por el propio Velázquez, el Tintoretto ha sido un gran olvidado. La última gran exposición que se le dedicó fue en el Palazzo Pesaro de Venecia en 1937. El Museo del Prado intenta ahora reparar ese injusto olvido con una antológica de 70 obras maestras que ocupará la galería central. Desde allí se codeará con Rubens y Velázquez.

Jacopo Robusti, *El Tintoretto* (Venecia, 1518-1594), era, según algunas de sus escasas biografías, el primogénito de una familia de tintoreros de paños formada por 22 hermanos. De aspecto rechoncho y escasa estatura, se destacan de él un fuerte carácter y una ambición desmedida que no facilitó su relación con otros grandes artistas con los que convivió en la segunda mitad del siglo XVI, y que nunca lo consideraron un igual. Le costaba mucho ser aceptado por su mal genio (también se le conocía por el apodo de El Furioso). Intentó formar parte del taller de Tiziano, pero éste se negó. Pese a ello, el Tintoretto le tenía tal devoción que en una de las paredes escribió lo que sería el objetivo de su forma de crear: "El dibujo de Miguel Angel y el colorido de Tiziano".

Algunos historiadores explican la hostilidad de Tiziano hacia el Tintoretto por puros celos y miedo a compartir la gloria que ya disfrutaba en toda Europa. De hecho, la consagración del Tintoretto como miembro de la escuela veneciana se produce en 1548, cuando entrega a la Escuela Grande de San Marcos la pintura *San Marcos libera a un esclavo.* En ese momento, Tiziano está fuera de Venecia. Se encontraba en Augsburgo con el emperador Carlos V. Algunas versiones aseguran que, de haber permanecido Tiziano en Venecia, el cuadro no habría sido recibido nunca por la escuela. La obra se expone habitualmente en la Galería de la Academia de Venecia. Y representa un punto y aparte en la historia de la pintura veneciana del siglo XVI: nadie hasta entonces había plasmado los movimientos de grupos como él.

Pero si la técnica y el colorido de Tiziano le interesan mucho al artista, aún más le obsesiona Miguel Angel (San Rocco será luego para él como su *Capilla Sixtina).* En su taller estudiaba con auténtica obsesión las copias que poseía de algunas esculturas de Miguel Angel. Con similar interés trabajaba sobre figurillas para dominar la perspectiva desde todos los ángulos posibles. Construía maquetas completas como si de un escenario teatral se tratara; iluminaba las figuras a través de diferentes tejidos, y finalmente colgaba las maquetas del techo. Así conseguía sus famosos juegos de luces y sombras, así modelaba el espacio y conseguía que el tiempo entrara a formar parte del cuadro.

El Tintoretto empieza a pintar con 29 años cumplidos. No fue una decisión temprana, pero su pasión y dedicación son tales que parece que en cada pincelada, en cada personaje, en cada cuadro quisiera recuperar el tiempo perdido. Insaciable en la búsqueda de nuevos efectos, desde el primer momento le interesan las grandes dimensiones, los escenarios espectaculares. Es muy rápido en la ejecución, y una vez que tiene claro cuál es su estilo, lo único que quiere es pintar y pintar. La mayor parte de las ocasiones, al menos en los años iniciales, trabaja sólo a cambio del coste de los materiales, y eso porque su mujer, Faustina, una aristócrata de Vescovi, le controla férreamente los gastos. A veces no cubre ni siquiera el costo de la realización de las obras. Sus biógrafos recuerdan que eso le ocurrió con el primer gran encargo para la ciudad de Venecia. Fue en la iglesia de Santa Maria dell'Orto, en la que luego sería enterrado.

Allí decoró las inmensas paredes del coro. La dimensión media de cada una de estas piezas es de cuatro metros de largo por cuatro de alto. El prior del templo le hace entonces el *favor* de dejarle pintar algún lienzo de las paredes de la biblioteca que en ese momento estaban realizando Tiziano y el Veronés. En las obras que aquí ejecuta, la arquitectura es ya uno de sus personajes principales. Su discurso pictórico es narrativo a partir de motivos religiosos.

Las espectaculares obras que realiza para el Palacio Ducal no fueron tampoco ejecutadas a cambio de un dinero razonable. Miguel Falomir, comisario de la exposición que desde el 30 de enero se podrá ver en el Museo del Prado, bromea: "A veces, el comportamiento del Tintoretto parecía aprendido en una competitiva escuela de negocios del siglo XXI". Todo valía para conseguir el objetivo. Para adornar las altas paredes y techos de la Sala del Consejo del Palacio Ducal se convoca un concurso entre los pintores venecianos. Se trata de recrear episodios relativos a la vida de los distintos *dux*. En 1582 se hace público el concurso. El Tintoretto se había ofrecido gratis, pero no lo aceptan. Aun así se queda con el encargo porque sus competidores, Paolo Veronese y Francesco Vasano, se retiran. El resultado: el lienzo *El paraíso,* considerado el mayor del mundo. (...)

Los encargos colosales fascinan al Tintoretto y marcan su evolución. Cada vez acomete proyectos de mayor envergadura. En 1564 comienza la decoración de la Escuela de San Roque (Scuola Grande de San Rocco), su obra máxima. Contemplando su grandeza se entiende por qué ninguna exposición sobre el artista, por ambiciosa que sea, podrá mostrar lo que fue y representa del todo el Tintoretto: para admirarlo en su totalidad se debe visitar Venecia.

Para entender la importancia de su trabajo en dicha *scuola* hay que conocer el papel que desempeñaron estas instituciones. Las escuelas venecianas nacen en época medieval. Se trataba de cofradías laicas presididas por un santo. A ellas pertenecían ciudadanos de clase media –muchos de ellos nacidos fuera de Venecia–, artesanos y mercaderes. En el siglo XVIII, Venecia llegó a contar con 300 escuelas. Las donaciones que entregaban sus miembros servían para encargar decoraciones que muy poco tenían que envidiar a los palacios más lujosos. Los mejores y más famosos artistas eran llamados para realizar estos trabajos. Las actividades de las escuelas eran controladas por los poderes públicos. Todo acabó en 1806, durante la segunda ocupación francesa, cuando las cofradías fueron disueltas, y sus sedes, cerradas. Muy pocas se salvaron. Una de ellas fue San Rocco.

En San Rocco tuvo el Tintoretto la oportunidad de mostrar su espectacular audacia. En 1560, cuando terminan las obras de ampliación de la escuela, los cofrades deciden convocar un concurso entre los grandes pintores del momento: Paolo Veronese, Andrea Schiavone, Giuseppe Salviati, Federico Zuccaro y el Tintoretto. Mientras los demás se ponen a pensar en el proyecto, el Tintoretto se adelanta a todos y hace instalar en el techo un *San Rocco in Gloria.* Un regalo del artista a la escuela.

Los cofrades no sólo no rechazan el presente, sino que le encargan que complete la decoración de toda la sala y lo nombran miembro de honor. El Tintoretto sigue haciendo gala de su generosidad ante el enfado de los otros artistas, y el mismo día de la fiesta de San Rocco, el 16 de agosto de 1576, dona el lienzo central del gran salón principal, *El milagro de la serpiente de bronce.* Al año siguiente ofrece otros dos grandes cuadros para completar el techo: *Moisés haciendo brotar el agua y La caída del maná.* Finalmente consigue que la escuela le encargue toda la decoración del salón a cambio de un rédito anual de 100 ducados, que cobró puntualmente hasta el final de sus días, pero que no era ni mucho menos un dinero equiparable al que recibían otros grandes artistas. Más si se tiene en cuenta que las cofradías exigían original y copia.

En la decoración de San Rocco se muestra la profunda devoción que el artista sentía por la Contrarreforma. Esa devoción se revela de manera espectacular en toda la serie de pinturas religiosas cargadas de complejos claroscuros, perspectivas radicales que caen sobre el espectador, grupos de personas que se retuercen de manera violenta. Vuelca todo su talento y energía en su peculiar *Capilla Sixtina*. Es el Tintoretto en su estado más puro. (...)

La dificultad de mover sus obras, por sus dimensiones y por estar situadas en los lugares para los que fueron creadas, ha perjudicado su difusión y conocimiento. Visitar Venecia y caer rendido ante su obra, como le ocurrió a Sartre, a Oscar Wilde o a Henry James, seguirá siendo inevitable. El Prado repara ahora una parte de la deuda que la historia tiene con el artista veneciano.✸

* *El País Semanal.*